# Concierto cruel para flauta dulce y bajo

**Juan Carlos Pereletegui**

CC by-nc-sa Juan Carlos Pereletegui
loslibrosdebalmenhorn@gmail.com
DOCUMENTO FIRMADO
ELECTRÓNICAMENTE

Miranda se alejó del grupo de adolescentes que dormitaban la siesta bajo los pinos. Al mirar atrás vio a su profesora, que le sonreía, agitando la mano. El intenso afecto que despedían sus ojos le llegó tan cálido como los rayos del sol estival. Escuchó sus palabras, advirtiéndola que no se acercara a las ruinas. Asintió con un gesto y siguió con su paseo, sin advertir que un profesor de edad madura, voluminoso y paticorto, se incorporaba de su fingida siesta y atravesaba la pinada.

En cuanto quedó fuera de la vista del grupo, Miranda cambió de dirección y se aproximó a las ruinas, dando un rodeo. De entre los árboles, a su espalda, emergió el venerable profesor, sonriéndose por haber adivinado tan fácilmente las intenciones de la muchacha. Siguió con la mirada la figura de Miranda, envuelta en un vaporoso vestido blanco que su brillante cabellera dorada partía en dos. Mientras se secaba la frente sudorosa con un pañuelo, la vio acercarse a los muros casi desmantelados de una vieja alquería.

Miranda atravesó el desolado patio de la granja y entró en los restos del edificio principal, que se mantenía en pie a duras penas. Al cruzar el umbral sintió un escalofrío y quedó cegada durante unos instantes al pasar de la claridad a la penumbra. Cuando recuperó la vista, curioseó por las estancias, dejando volar su imaginación juvenil, imaginando como sería haber vivido allí en otros tiempos.

Escuchó el ruido de un roce y el corazón le dio un vuelco. Era difícil de identificar su procedencia. Lo volvió a escuchar, parecía venir de la puerta de entrada. Intentó alejarse del ruido con la respiración entrecortada, adentrándose en las ruinas cada vez más oscuras. Al dar un paso en lo que quizá hubiera sido la cocina, el suelo cedió bajo sus pies y Mirando cayó por un agujero hasta dar con sus huesos en el suelo.

En cuanto pudo se incorporó, palpándose el cuerpo con las manos y sacudiendo el vestido blanco, en un acto reflejo e inconsciente. Sólo estaba magullada pero temblaba del susto. Giró sobre sí misma, inspeccionado el lugar con la leve claridad que entraba por el agujero y dio un respingo al ver una persona sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Tardó un instante en comprender que no era una persona si no un cuerpo... un cadáver. Advirtió entonces el espantoso hedor de la bodega y tuvo que esforzarse por contener las nauseas. Fascinada, debatiéndose entre la curiosidad y la repugnancia, Miranda se acercó un poco. Era un hombre vestido con una chaqueta a cuadros sobre la que gritaba

una corbata amarilla. La carne estaba parcialmente consumida por larvas y gusanos, en muchas partes hasta el mismo hueso, que asomaba, blancuzco. Los ojos no eran más que huecos húmedos en los que se percibía el brillo apagado de la calavera, pero aun en su vacío, era evidente que miraban hacia una puerta frente a él, entreabierta. Llena de aprensión, Miranda se asomó y a pesar de la oscuridad casi completa que reinaba en el interior, distinguió claramente otro cuerpo extendido en el suelo.

Esta vez el miedo pudo con ella y dio la espalda a los cadáveres, pidiendo auxilio. Con las manos extendidas ante el rostro, avanzó en la penumbra, buscando una salida, pero una voz la detuvo. Se giró aterrorizada y vio como del cuerpo recostado en la pared se incorporaba una figura translúcida, con las mismas ropas del muerto, la corbata amarilla hiriendo la vista a pesar de la penumbra.

Estaba hablándole.

—Todo empezó una mañana de abril. El perfume fragante de la primavera precoz, la flor de azahar despuntando en los naranjos, embriagándolo todo de sensualidad. Como todas las mañanas, absolutamente todas durante treinta años, crucé el paso de peatones a las ocho menos veinte en punto, camino del trabajo, de las mismas obligaciones grises y aburridas que había repetido una y otra vez, miles y miles de veces, monótonas, idénticas... Aburridas. Intentaba vaciar la mente, la única manera de evitar la nausea que inexorablemente me nacía en la boca del estómago, cuando escuché un largo pitido, seguido de una retahíla de barbaridades, quizá piropos, quizá obscenidades, todo depende del punto de vista.

»Por la mediana que separaba los dos sentidos de circulación, una raya blanca interminable, caminaban dos piernas igual de inacabables, marcando el camino a dos tesoros que protegía, débilmente, la minifalda más corta que jamas hubiera visto, apenas una faja de seda negra envolviendo las caderas. La melena rubia caía con estruendo por debajo del borde de la falda, enmarcada a largo de la espalda por los tirantes blancos de una camiseta ceñida. Al compás de su caminar sobre unos tacones de vértigo, la catarata dorada oscilaba, acariciando las nalgas firmemente marcadas. La piel de miel y canela resplandecía al sol de abril y yo enloquecí.

—Era un gordo seboso. —La voz, amarga, venía del cuartucho y a las palabras siguieron la aparición del espectro de una joven, con la cara amoratada por los golpes y llena de sangre seca. Tenía una ceja rota, la nariz torcida y los labios partidos. Siguió hablando, dirigiéndose exclusivamente a Miranda—. Recuerdo el día que lo vi por primera vez: me había independizado y estrenaba mi propia casa. Por fin era libre de vestir como me diera la gana, sin que mi padre se pusiera como un ogro y me llamara de todo.

»Todavía no conocía el mejor camino para ir al trabajo, así que cogí la mediana de la avenida porque me pareció lo más rápido. No pasaron cinco minutos antes de que unos albañiles camino del tajo me llenaran de barbaridades. Me sentí halagada y volví la cabeza para dedicarles una sonrisa. Entonces le vi en la acera de enfrente, ligeramente retrasado, mirándome con ojos de sapo a través de unas gafas que ya eran antiguas veinte años antes. Llevaba una chaqueta horrible, de cuadros marrones y verdes, con una corbata amarilla como un huevo. Era un viejo gordo y repulsivo, vestido para un guateque en el que nadie le echaba de menos.

»Su mirada fija me intimidó, me olvidé de los albañiles y seguí mi camino, pero de vez en cuando, no podía evitar darle estironcitos a la falda.

—Volví a verla al día siguiente —el hombre ignoraba a la joven, igual que ella a él—, y al otro y al otro hasta que uno de esos días, no sé después de cuanto tiempo, la seguí. ¡Falté al trabajo por primera vez en treinta años! Era la prueba más palpable de que había perdido el juicio.

»Entró en un edificio de oficinas y me quedé fuera, en la acera, impertérrito, con la mirada llena de ella, de sus piernas interminables, de las serpientes tatuadas que se enroscaban en sus tobillos, de sus rodillas, de los muslos esculpidos por mano de artista, cuyo nacimiento secreto sólo podía imaginar.

»Hubo un momento de aquella mañana en el que volvieron a mi mente recuerdos de otra vida, que ya creía muerta para siempre, recuerdos de una joven parecida a aquella, una joven cruel y traidora que nunca llegó a saber el daño que causó. Fue apenas un amago, al instante los enterré de nuevo en el abismo del que nunca deberían salir y mi pensamiento fue todo para ella.

»No reparé en el paso del tiempo, simplemente recuerdo que cuando salió, el sol del mediodía llevaba mucho rato cayendo sobre mis hombros.

»Volví a seguirla en el trayecto de regreso y así averigüe que éramos casi vecinos: vivía a pocos portales de mi casa. De pronto mi vida adquiría un sentido, todos aquellos años de mera supervivencia vegetal tenían una finalidad: poseerla. La vigilé incesante, me convertí en su sombra y ella no tardó en darse cuenta, pero no pareció disgustarle, al contrario, de vez en cuando, en plena calle, su mirada se cruzaba con la mía y entonces, invariablemente, como distraída, hacía un gesto descuidado, una pose fuera de lo común y me ofrecía retazos de los tesoros que escondía en las curvas de su cuerpo.

—Aquel tipo pronto se convirtió en mi sombra, todas las mañanas lo tenía detrás, manteniendo la distancia, desnudándome con la mirada. Al principio me cohibía un poco, luego empezó a parecerme patético y al final ya me daba risa.

»Se lo conté a Daniel y le picó tanto la curiosidad que una mañana lo siguió, sólo para ver cómo era.

»Cuando nos reunimos por la noche casi nos sofocamos de risa. Era ridículo que aquel vejestorio gordo como un cerdo y más hortera que un hámster de gala, suspirara por mí. Daniel me decía que cualquier mañana se arrodillaría en mitad de la calle, con un ramo de rosas y me pediría la mano, tratándome de usted. Yo me reí tanto que creí morirme. Fue idea de Daniel que le tomáramos el pelo al pobre diablo. Yo me resistí, pero Daniel fue tan ocurrente con los desvaríos del tipo si le daba algo de alas, que al final me convenció.

»Todos los días, al salir del portal, le dirigía una mirada larga y sugerente y le brindaba una insinuación, como quién le echa un azucarillo a un mono. Luego cogía mi camino, sabiendo que él me seguía sin quitarme los ojos de encima. No tardé en cogerle el gusto a aquel juego y pasaba muchas tardes pensando y practicando el gesto que le regalaría al día siguiente. Daniel también parecía disfrutar con todo aquello, muchas de las ideas para tentar al infeliz fueron suyas. ¡Ay Daniel! ¡Si hubiéramos sabido qué caras pagaríamos nuestras risas!

»Una noche de fin de semana, el cebón, como le llamábamos, me siguió hasta el pub en el que había quedado con Daniel e incluso se atrevió a entrar detrás de mí. Cuando llegó Daniel y se lo conté, indicándole la zona de sombras, en la esquina de la barra, donde se había instalado, se le iluminó una sonrisa de oreja a oreja y me dijo que nos íbamos a divertir.

—Una noche la seguí hasta un local de copas donde se reunió con un haragán musculoso de bíceps tatuados y piel atravesada por infinidad de anillos y agujas. Aquel tipejo no paraba de besarla y sobarla como si fuera una cualquiera. Yo estaba disimulado en las sombras pero ella debía intuirme pues de vez en cuando miraba en mi dirección y sus labios amagaban un beso.

—Daniel parecía encantado y el aburrimiento de las últimas noches, todas tan iguales y tan rutinarias, se esfumó; estaba muy cariñoso y me besaba y acariciaba como los primeros días. Yo empezaba a no disfrutar de todo aquello, quizá estabamos siendo demasiado indiferentes con los sentimientos de una persona. Por muy patético que me pareciera, aquel hombre no me había hecho ningún daño. Pero Daniel conseguía hacérmelo ver como un juego y lograba que me apeteciera jugar a él. Así que todo el rato que estuvimos allí, mientras Daniel me hacía carantoñas, me dediqué a tirar besos y miradas ambiguas hacia las sombras, en la esquina de la barra.

—Cuando se separaron lo seguí, y en las calles vacías de la madrugada, le destrocé la cabeza con una botella de güisqui que encontré en la acera, resto del botellón de turno.

—Era muy de noche cuando sonó el teléfono, estaba en el primer sueño y poco lúcida. Me costó reconocer la voz del hermano de Daniel y mucho más entender lo que me estaba diciendo. Cuando por fin lo comprendí, pegué un brinco en la cama y llamé a un taxi.

»El hermano de Daniel me había dicho que había tenido un accidente... que estaba en el hospital, bastante grave. Era una mentira piadosa como descubrí al llegar. A Daniel lo encontraron los del camión de la basura ya muerto, con el cráneo abierto y los sesos desparramados. Al momento supe que había sido él, el cebón. Instintivamente di un giro sobre mí misma, buscándolo en el vestíbulo del hospital, pero no estaba allí.

»La policía me entretuvo hasta pasado el amanecer. Pensaban que lo había atacado una pandilla para robarle y que la cosa acabó mal. Yo dije que sí a todo, firmé todo lo que me pusieron delante y me volví a casa ya de mañana, convertida en un autómata.

»Al bajar del taxi le vi, plantado en el lugar de siempre, con la chaqueta a cuadros y la corbata amarilla, a pesar de que ya estábamos en verano. Bajé la vista al suelo y me metí en el portal.

—Vi como tomaba presurosa un taxi, camino sin duda del hospital. Yo ya conocía la noticia que le iban a dar allí y aguardé paciente su regreso, aunque se demoró más de lo que esperaba. Volvió muy de mañana y, para mi desengaño, esquivó mi mirada. Yo estaba allí, como un perro faldero, esperando un gesto de agradecimiento por haberla librado, para siempre, de aquel tipejo indigno de ella. Pero mi doncella cruzó la acera cabizbaja y se perdió en el portal.

»Estuvo varios días sin salir de casa y cuando lo hizo ya no era ella: pantalones de chándal ocultaban las piernas de mis desvelos y una vieja sudadera desdibujaba su silueta. Llevaba el cabello recogido en una cola, lo que no le impedía refulgir al sol como oro viejo; lanzando al viento mensajes de que ella seguía siendo mi doncella, mía y de nadie más. Caminaba con la vista fija en el suelo, sin apenas levantar la cabeza, ignorándome; aquello me disgustó, primero me entristeció, pero luego me disgustó mucho. Ella parecía no entender nada, nada de mi esfuerzo, de mi dedicación, nada de mi sacrificio ni de mi amor. Yo la había librado de aquel sobón tatuado y merecía una recompensa. ¡No podía negármela!

—No fui capaz de ir al entierro de Daniel: tenía mucho miedo. Sabía que en el fondo todo aquello había sido culpa nuestra y me sentía muy mal y muy asustada. Me encerré en casa, sin atreverme a salir. En el trabajo me dejaron unos días de tregua, pero luego llamaron, muy amables, diciendo que si no estaba en condiciones de incorporarme, tendrían que coger un sustituto. Si perdía el empleo tendría que volver a casa de mis padres. Sólo de pensarlo, ya podía escuchar sus burlas y reproches, así que me vestí con la ropa menos atractiva que pude encontrar y volví a la calle.

»Confiaba que viéndome con aquella pinta, el cebón se aburriría de mí y me dejaría en paz, pero no fue así, incluso me pareció ver cierto gesto de enfado en su rostro, como si yo lo hubiera defraudado. Aquello me dio mucho miedo, así que dejé de ir andando al trabajo. Me dejaba el sueldo en taxis pero en aquel momento no me importaba demasiado.

»Me daba vergüenza llamar a la policía y contarle la verdad de lo que le había ocurrido a Daniel.

—Fui paciente durante mucho tiempo, pero ella no cambió de actitud, así que no tuve más remedio que exigir lo que era mi derecho.

»Conseguir un taxi fue sencillo: contraté un servicio a una urbanización apartada y cuando el conductor paró delante de un solitario chalet, le segué la garganta con un cuchillo de caza.

»No me costó nada inutilizar la apertura interior de puertas y ventanas, tampoco instalar una sólida mampara de metacrilato. Cubrí los cristales traseros con una película de plástico antichoque que los hacía prácticamente irrompibles. Por último instalé un distorsionador de señales que inutilizaba el teléfono móvil.

»A la mañana siguiente me presenté en su portal a la hora exacta, y ella subió al coche sin fijarse en que no era el número de taxi que le habían asignado. No sé dio cuenta hasta que me salí del itinerario previsto. Perdió los nervios, gritó y suplicó, aterrorizada. Probó el móvil y después intentó llamar la atención pero yo circulaba por vías rápidas y en unos minutos salimos de la ciudad.

—Con el tiempo me volví fatalista, casi deseaba que ocurriera lo que fuera y acabar de una vez. Tomaba todas las precauciones, no salía a la calle más que para ir al trabajo, siempre en taxi, compraba por teléfono y no permitía que el repartidor entrara en casa, pero en el fondo sabía que todo aquello era inútil. A menudo me preguntaba si no valía la pena acabar de una vez y llegué a pensar que estaba preparada.

»Me di cuenta de que no era así cuando el taxi cambió de itinerario. Lejos de la fría indiferencia con la que había fantaseado en mi encierro voluntario, me llené de terror. Intenté usar el móvil, pero no funcionaba. Como una fiera enjaulada, me destrocé los nudillos golpeando contra todo, buscando desesperadamente la forma de salir de allí o de avisar a alguien. Antes de que pudiera serenarme estuvimos fuera de la ciudad, detenidos en una carretera solitaria. Amenazándome con una barra de hierro me ordenó meterme en el maletero, pero al ver el cuerpo del taxista me puse histérica y le mordí. Él me golpeó en la cara con la barra y perdí el conocimiento. Cuando lo recuperé estaba en la oscuridad, abrazada a un cadáver que se me venía encima en cada curva.

»Rompí a llorar.

—No me podía cruzar con una patrulla de carreteras con ella en el asiento trasero. Hice una parada en unos solares desiertos, la saqué del coche, amenazándola con la porra del taxista que tan inútil le había resultado a él. Chillaba mucho pero no se resistió hasta que abrí el maletero, entonces me mordió y tuve que golpearla. Cuando vi cómo su ceja explotaba y cómo la boca escupía sangre y dientes, sentí que empezaba a recibir lo que me había ganado.

»La traje a esta vieja granja que heredé de mis padres y a la que nunca veníamos. Al abrir el maletero me largó una patada que detuve sin dificultad; respondí rompiéndole la nariz de un puñetazo. La sangre fresca se mezcló con la de la ceja, que ya estaba seca y parecía un tatuaje de henna; el pardo y el rojo hacían un bonito contraste.

»Traumatizada por el dolor, se dejó encerrar en la bodega.

»La dejé allí todo el día y toda la noche, para que reflexionara sobre mí y sobre el daño que me había causado.

—Lloré mucho rato, luego, el calor y la atmósfera sofocante me amodorraron. No sé cuanto tiempo pasó hasta que nos detuvimos. Pensé que el primer momento podía ser importante y me preparé. En cuanto se abrió la puerta del maletero intenté darle una patada pero estaba entumecida y no fue más que un gesto inútil. Él me contestó con un puñetazo en la cara que me destrozó la nariz. No llegué a perder el conocimiento, pero el dolor me dejó inerme y ya no opuse resistencia. Me trajo a aquí y me encerró en esa celda, a oscuras, sin espacio ni para tumbarme en el suelo. No había nada más allí dentro, solo yo, mi dolor y mi angustia.

»Me senté en el suelo, tenía frío, intenté llorar pero no me quedaban lágrimas.

—Era la mañana del día siguiente y yo me encontraba ante la robusta puerta de roble de la bodega, que años de humedades no habían debilitado. No había dormido en toda la noche: la alegría de la tarde dio paso a una melancolía incontenible. Ahora era mía, ¡de eso no había duda!, pero ¿valía la pena?

»No me atrevía a abrir la puerta, temeroso de lo que iba a encontrar: una mujer sucia y desgreñada, con la cara deformada por los golpes, ¿dónde estaba mi doncella de piernas interminables y cabellera dorada? ¿Por qué me había obligado a hacer esto? Yo la amaba y lo único que deseaba era respetarla como a una diosa.

»Estuve allí todo el día, sin moverme, oyéndola a veces gritar desesperada, a veces sollozar con amargura, a veces nada, sólo silencio. Me insultaba, me rogaba, se ofrecía, me despreciaba, me prometía lo mejor, me juraba lo peor... yo la escuchaba sin saber qué hacer.

—Tenía hambre y sed, de cuando en cuando me quedaba dormida sobre el suelo y me despertaba aterida al cabo de no sé cuanto tiempo. A veces gritaba y maldecía, otras intentaba seducirle, ser amable, convencerlo de

que me liberara, pero ni siquiera estaba segura de si él me escuchaba. Empezaba a pensar que me había abandonado allí para que muriera.

»La mayor parte del tiempo sólo lloraba.

—Pasaban los días y yo era incapaz de tomar ninguna decisión. Todas las mañanas bajaba a la bodega y me sentaba en el suelo, mirando la puerta, deseando y temiendo lo que había detrás. Sus ataques de furia se fueron haciendo cada vez más escasos, ya no me insultaba ni amenazaba, principalmente suplicaba por agua y comida. Yo la escuchaba aletargado, como si fuera un ruido de fondo, el rumor de la radio del vecino, pero de vez en cuando me sobresaltaba, me venía a la cabeza el pensamiento de que era ella la que suplicaba al otro lado de la puerta y me invadía de nuevo la angustia de la duda.

—Al final comprendí que aquello era una tumba más que una celda y que mi destino era morir allí de hambre y sed. Las fuerzas me abandonaron y la debilidad y la desesperación condujeron a la resignación, rota de vez en cuando por súbitos ataques de rabia, cada vez más espaciados. Comer y beber, eso era todo lo que pedía. Ya no me importaba nada más.

»Me acurruqué en un rincón, intentando olvidar el hambre y la sed, ya no me quedaban fuerzas para protestar ni lagrimas para llorar.

»Poco después debí entrar en coma, apenas recuerdo nada del final.

—Tardé mucho en comprender que todo se había terminado. Abrí la puerta y la vi, acurrucada en un rincón. Le di un beso de despedida y me senté a esperar mi propio final.

Los dos espectros quedaron silenciosos e inmóviles, con el rostro vuelto hacia Miranda, sin verla, con la mirada perdida en el infinito, hasta que comenzaron a descomponerse ante sus ojos. A velocidad acelerada se degradaron hasta alcanzar la putrefacción en la que se encontraban en aquel instante y entonces se fusionaron de nuevo con los restos de lo que habían sido sus cuerpos.

Aquello acabó con la poca serenidad que le quedaba a Miranda y gritó con toda la voz de sus pulmones; gritó pidiendo auxilio entre sollozos y lamentos, gritó hasta que una sombra se asomó por el agujero. Miranda vio al venerable profesor que no le quitaba el ojo de encima desde el comienzo del curso y le suplicó que la sacara de allí.

—Ya es hora de que me compenses por mi dedicación —respondió el hombre desde la altura—, por mi esfuerzo y mi sacrificio. Eres mi doncella y te debes a mi amor.